



CATRIEL Y TADELA

En algún lugar del sur de América del Sur, había una tribu que tenía por jefe guerrero a un hombre llamado Catriel, a quien todos querían y respetaban por su valentía y arrojo, como también por sus grandes cualidades humanas. Su fama llegó a otros pueblos donde aprendieron también a respetarlo y a quererlo.

Catriel estaba enamorado de Tadela, una hermosa joven hija de un lonco vecino. Ambos se amaban y planeaban casarse, hecho que alegraba a todos en las dos tribus vecinas.

Cuando llegó el momento de pedir la mano a la bella Tadela, Catriel envió a sus emisarios ante el padre de Tadela. Le envió un sinfín de obsequios, anunciando su visita para el día siguiente. Cuando llegó Catriel, se postró ante el lonco y tras presentarle sus respetos, le pidió a Tadela en matrimonio. El cacique mandó a llamar a su hija y le preguntó su voluntad. Ella inmediatamente expresó su deseo de casarse con Catriel. Así sucedió: los presentes allí, muy contentos, pusieron la fecha para la boda que se realizaría pasadas las cinco lunas.

Tras el compromiso establecido, la hechicera de la tribu comenzó a quemar yerbas para consagrar el momento. Pero, el humo, en vez de elevarse en línea recta, comenzó a subir en espiral. Ese particular comportamiento del humo fue interpretado como un signo de mala suerte, por lo cual, todos se apresuraron a apagar el fuego. Para contrarrestar lo que consideraron un símbolo de mal agüero, Tadela regaló a su prometido una hermosa piedra verde, que representaba la felicidad entre las tribus. Catriel, a su vez, rompió su lanza, golpeándola contra el altar de los sacrificios, como un ritual encaminado a terminar con los malos presagios.

Así llegó el día de la boda. Todos habían olvidado las viejas profecías. El pueblo demostraba su felicidad con cantos y bailes, reían y entregaban presentes a la novia que presidía con su hermosura aquellas festividades en su honor. La ceremonia se

efectuó y, después de cumplir los ritos del matrimonio, hubo grandes demostraciones de júbilo que se extendieron hasta el anochecer.

Cuando apareció la luna y la gente despedía a los esposos, se oyó una misteriosa voz que provenía de la laguna. Era una voz con gran poder de atracción que repetía insistentemente el nombre de Catriel. Estaba llamándolo:

¡Catriel! ¡Catrieeeeeeeeel ven!

Todos quedaron inmovilizados escuchando aquella voz, mientras contemplaban azorados como Catriel caminaba, sin prisa pero sin pausa, como sonámbulo hacía la laguna. Tenía los brazos en ángulo recto y sus pasos eran pesados. Tadela intentó detenerlo, pero era tan poderoso el hechizo de esa voz, que resultó prácticamente imposible alejarlo de ese magnetismo. Algunos hombres hicieron una valla para detenerlo, pero Catriel cobró una fuerza sobrenatural que apartaba todo cuanto se le interponía en su camino.

Al ver que sus esfuerzos resultaban inútiles, todos caminaron tras él, implorando a los dioses que combatieran ese extraño mal. Cuando llegaron a la laguna, los hechiceros comprendieron que la luna no había aprobado la boda de Tadela y Catriel. Y ahora estaba en la laguna para llevárselo. Ante la maldad de la diosa que se oponía a la felicidad de la pareja y del pueblo, los hechiceros invocaron al dios del mal para que viniera a prestarles ayuda.

El dios del mal los escuchó y llegó de inmediato. Solo así Catriel detuvo su andar. Justo a la orilla de la laguna. La gente presenció cómo las dos fuerzas poderosas estaban en pugna: una tirándolo hacia la laguna y la otra, retirándolo del agua. Por fin Catriel giró sobre sus pies como liberándose de algo y comenzó a correr desesperado hacia Tadela. El dios del mal le había ganado a la luna, ante el regocijo del pueblo, quienes celebraron una danza triunfal alrededor de la pareja para festejar el acontecimiento.

Poco les duró la felicidad, ya que el triunfo del dios del mal fue solo momentáneo. Cuando todos ya se habían ido a descansar y todo parecía volver a la calma, las



aguas de la laguna subieron un nivel hasta llegar a las orillas del pueblo. Allí formaron un riachuelo del cual se desprendió un hilo de agua que llegó hasta la choza donde dormían profundamente los flamantes esposos. Aquel hilillo de agua mojó levemente los pies de Catriel y se fue deslizándose nuevamente de regreso a la laguna, la cual, bajó sus aguas poco a poco, sin dejar rastro de que algo extraño sucedió durante esa noche. En la madrugada, Catriel despertó, salió de su casa y se dirigió a la laguna sin que nadie lo viera.

Por la mañana, la princesa despertó y no encontró a su esposo. Corrió por todas partes buscándolo pero nadie sabía nada, entonces, oyó una voz que provenía de la laguna y le decía: «Adiós Tadela, me voy para siempre». Esa voz se repetía como un eco:

— ¡Adiós Tadela! ¡Adiós Tadela!

Desesperada la princesa corrió hasta la laguna, permaneció impávida unos instantes, revisó el lugar con la mirada buscando a Catriel. Escrudinó todo el lugar, pero solo encontró un extraño animalito que saltó del agua. Nunca había visto uno igual, pequeño y feo, con los ojos saltones que la miraban con profunda tristeza. A brincos se fue acercando a ella y del cuerpo de aquel extraño animal salió la voz de su amado Catriel. Asombrada oyó que le decía:

— ¡Adiós Tadela, me voy para siempre!

Saltando se alejó de ella y se perdió en las profundidades de la laguna.

Triste y desconsolada, Tadela permaneció ahí por muchos días, rogando a la diosa de la luna que la reuniera con Catriel. La diosa los había castigado porque no le hicieron ningún honor cuando decidieron casarse y como castigo había convertido en sapo a Catriel.

Sin embargo, el amor de Tadela la conmovió, así que la convirtió en otro animalito parecido, pero menos feo, era una rana que de un gran salto se sumergió también en las aguas de la laguna para buscar a su amado esposo.



WWW.LIBROSYCONTENIDOS.COM

De esta manera surgieron el sapo y la rana que desde entonces, salen todas las noches de lluvia a croarle a la luna reflejada en las lagunas, como un homenaje por haberlos unidos para siempre.